

mucho más que el afecto (fuera cual fuere), un mundo federativo en el que mi amigo y yo conjugábamos todos nuestros valores, todas nuestras ideas y todas nuestras aficiones. Y ese mundo se renovaba mediante una incesante invención. Al propio tiempo, cada uno de nosotros apoyaba al otro y de eso resultaba una pareja de una fuerza considerable... El resultado de esa federación, cuando alcanzó, también con el Castor, su punto culminante, fue una felicidad aplastante, semejante al verano».

Desde que se conocieron, ninguno de ellos escribió una sola página sin someterla a la supervisión del otro, y lo mismo hicieron con sus sentimientos y con sus actos, hasta el punto que Simone ha dicho: «Eramos uno solo». Sartre también expresó en 1977 «que existe una relación en profundidad que, en algunos momentos, llega casi a crear una individualidad, un nosotros que no es el tú y yo, que es verdaderamente el nosotros. Logré ese nosotros con Beauvoir durante toda mi vida».

Pero esto no surge como por generación espontánea, sino que es algo que se va construyendo. Ellos nos han contado que siempre vivieron sumamente pendientes uno de otro, pero respetándose una independencia total y sin vivir nunca juntos. Nunca se juraron fidelidad eterna y, sin embargo, su relación duró mientras vivieron. La única garantía de su amor fue su mutua transparencia. Su forma de vivir su amor para ellos fue la mejor, pero por eso no trataron de imponerla a los demás. Simone en *La plenitud de la vida* viene a decirnos que lo idóneo es que cada pareja trate de trazarse su propio camino: «En fin —escribe—, ninguna máxima intemporal impone a todas las parejas una perfecta traslucidez: corresponde a los interesados decidir qué tipo de acuerdo desean alcanzar; no tienen ni derechos ni deberes a priori».

Y la molesta enormemente el sentirse juzgada hasta el punto de irritarse cuando terceras personas aprueban o critican las relaciones que ellos han construido, sin tener en cuenta la particularidad que las explica y las justifica. Ella piensa que la fraternidad que soldaba sus vidas hacía superfluos e irrisorios todos los lazos que se hubieran podido forjar. Por ejemplo, ¿para qué habían de vivir bajo un mismo techo si consideraban que el mundo era su propiedad común?, y ¿por qué tener miedo a poner distancia entre ellos si sabían de cierto que nunca podían separarse? En los comienzos de los años sesenta, Simone explica segura de que un solo proyecto les animaba: «abrazarlo todo y testimoniar de todo; él nos mandaba que siguiéramos en caso de necesidad caminos divergentes, sin ocultarnos el uno al otro ni el menor de nuestros hallazgos; juntos nos plegábamos a sus exigencias, a tal punto que en el mismo momento en que nos dividíamos, nuestras voluntades se confundían. Lo que nos ligaba era lo que nos desligaba; y por esa libertad nos encontrábamos ligados en lo más profundo de nosotros mismos».

Conocer con alguien un entendimiento total es un enorme privilegio. Simone fue profundamente consciente de este privilegio, y en todo momento estuvo dispuesta a pagar el precio necesario, por muy alto que fuera.

## Azar y libertad

Con sesenta años cumplidos, en su *Final de cuentas*, Simone se pregunta si ella habría llegado a evolucionar en caso de no haber conocido a Sartre, ¿se habría desembarazado de su individualismo, su idealismo y su espiritualismo? La respuesta es que no

lo sabe, sólo sabe que lo encontró y que para ella tal encuentro supuso el acontecimiento capital de su existencia.

Sus sueños de infancia y adolescencia no eran sueños huecos, en ella poseían realidad, pero aún así, es cierto que las circunstancias le ayudaron, ya que está muy dentro de lo posible el que no hubiera podido encontrar con nadie un acuerdo perfecto. «Pero cuando mi oportunidad me fue dada —escribe Beauvoir—, si me aproveché de ella con tanto entusiasmo y empeño es porque respondía a un llamado muy antiguo».

A sus ojos Sartre la sobrepasaba, y le resultaba confortable estimarlo más que a ella misma. No le disgustaba que la llamaran «la gran sartriana» o «Nuestra Señora de Sartre».

«Nunca más saldrá de mi vida», dijo Simone de Beauvoir cuando conoció a Sartre y contaba veinte años de edad. Cincuenta y cinco años después, con motivo del fallecimiento de Sartre escribió: «Su muerte nos separa. Mi muerte no nos reunirá. Así es; ya bastante hermoso ha sido que nuestras vidas hayan podido coincidir durante tanto tiempo». Se trata del principio y el fin de la historia de amor de una pareja que ha admirado a toda una época. Para unos ha sido un modelo de vida, para otros un motivo de intriga, de irritación o de envidia, pero a nadie han dejado indiferente estos dos escritores y filósofos de la libertad, que a lo largo de más de cinco lustros no dejaron nunca de estar unidos en todo lo que ellos consideraban esencial. «Eramos de la misma especie —dice Beauvoir— y nuestro entendimiento iba a durar mientras viviéramos... y nada prevalecería contra esa alianza». Sartre también dice de la alianza entre ellos dos: «Nos comprendimos como dos seres particularmente semejantes... Nunca he hablado en realidad de mis teorías más que con ella... Era el fin de una soledad que no he vuelto a sentir nunca... La relación profundísima, única, que me unía a Simone de Beauvoir era la mejor, la más elevada».

¿Influencia total?, ¿ósmosis?, ¿en qué eran idénticos y en qué eran distintos Beauvoir y Sartre? En su afán de transparencia y comunicación total, fueron ellos mismos quienes contestaron a estos interrogantes en un esclarecedor diálogo mantenido en 1975.

Sartre: Diría que nos hemos influido totalmente.

Beauvoir: Yo diría, en cambio, que no es una influencia, sino una especie de ósmosis.

Sartre: Si quieres, bueno, cuando no se trata sólo de la literatura, sino de la vida, decidimos siempre juntos, y cada cual influye en el otro.

Beauvoir: A eso le llamo yo ósmosis. Tomamos las decisiones en común, y desarrollamos los pensamientos en común.

En los finales de los años cuarenta, cuando ambos conocían ya lo que era el éxito literario, Simone comentó con sentido del humor: «Reinábamos juntos, Sartre y yo, como los Reyes Católicos». Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.

## Ni esposa, ni madre

Si el amor, como dice Simone, fue algo muy importante en su vida, no menos importante es el que su concepto de amor poco tiene que ver con el que del mismo han tenido y tienen una mayoría de las mujeres. Hablar de amor en los años veinte, y en los ochenta también, para muchas sigue siendo indesligable de matrimonio, maternidad, convivencia cotidiana y proximidad física. Para Beauvoir nada de todo esto parece

